

ALEJANDRO CASONA

OTRA VEZ EL DIABLO

JORNADA PRIMERA

Encrucijada en el monte. A un lado, una crnz de camino con gradas. Sentado en ellas, el Capitán de bandoleros —barbas y antiparras— y frente a él, en rueda, los bandidos. Son bandidos por estética y, como tales, poseen mantas, trabucos y un sentido infantil del derecho.

ESCENA PRIMERA

Capitán y Bandidos. Después el Estudiante. Uno de los bandidos ronda por el fondo haciendo la guardia.

CAPITÁN.—Os mego que lo meditéis despacio, hijos míos; no trato de reteneros a la fuerza. Podéis marcharos si queréis.

BANDIDOS.—No, no. No se trata de eso.

CAPITÁN.—¿Es que tenéis alguna queja contra mí?

FARFÁN.—Tampoco; sois un bandido perfecto y un enmarada leal.

CLOTALDO.—Un verdadero padre, sí señor.

CAPITÁN.—¿Entonces?

FARFÁN.—Es que no podemos seguir así ni un día más. Los negocios son los negocios; y el bandidaje aquí, ya se ve, no tiene porvenir.

CAPITÁN.—Nadie es profeta en su tierra. Acabamos de empezar, y una partida de bandoleros es cosa que jamás se ha visto en nuestro país. Tendremos que luchar mucho hasta hacernos un público; pero ya llegará nuestra hora..

CLOTALDO.—En resumen, capitán, lo que queríamos...

CAPITÁN.—Lo que queréis es disculpar vuestro miedo; lo he notado hace tiempo. Queréis abandonar esta vida heroica y volver al hogar, a la sociedad. ¡Qué vergüenza! Pero, ¿es que ya habéis olvidado lo que es la sociedad? Una pocilga, hijos míos; la moral y la honradez la han echado a perder.

CLOTALDO.—Conformes, capitán; pero nosotros hemos pensado...

CAPITÁN.—Ni media palabra más. El que no esté conforme en la banda que se vaya. ¡Y ahora mismo! (*Murmullos. El Capitán se levanta*). Los caminos están bien claros: aquí los que quieran defender la justicia y el derecho; los otros, que vuelvan a fundirse en la masa anónima. ¡Aire! Por hoy se acabó la sesión.

EL BANDIDO DE GUARDIA.—(*Acercándose*). Mi capitán...

CAPITÁN.—¿Qué hay?

EL BANDIDO.—Nuestras avanzadillas se acercan; traen un prisionero.

CAPITÁN.—¿Un prisionero? ¿Qué aspecto tiene?

EL BANDIDO.—No debe ser gran cosa a juzgar por las trazas.

CAPITÁN.—Veamos. Vosotros, quietos. (*Se acerca al fondo*). ¡Bah, un estudiante pardal! Estamos de malas. Que lo traigan.

Sale el Bandido de guardia y vuelve en seguida con Valdovinos y otro, que custodian al preso. La víctima es un estudiante español desenfadado y mozo. Tiene un prestigio de novela picaresca apenas empañado por un vaho de aulas. Trae la ropa desgarrada y un hatillo a la espalda.

ESCENA SEGUNDA

Dichos y Estudiante.

VALDOVINOS.—Mi capitán: aquí está la presa.

CAPITÁN.—¿De quién se trata?

VALDOVINOS.—Es un estudiante español que iba de camino hacia las universidades de Alemania. Lo ha detenido una pendencia, perdió el rastro de la Tuna y ha venido a caer en nuestras manos.

CAPITÁN.—¿Opuso resistencia?

VALDOVINOS.—Al principio, sí; creyó que éramos guardias del rey. Pero en cuanto supo que se trataba de bandidos, preguntó en seguida si éramos paisanos y mostró grandes deseos de conocer al capitán.

CAPITÁN.—¿Eso ha hecho? Muchacho... tú eres de los míos. (*Le tiende la mano*). Mis compañeros, bandidos de noviciado; un espíritu libre, estudiante y español. Amigos.

ESTUDIANTE.—Gracias, capitán. Conque bandoleros. ¡Quién me lo iba a decir! Yo suponía a este reino mucho, más atrasado.

CAPITÁN.—Lo está, lo está. Hasta ahora no ha tenido más que ladrones de pega, sin romanticismo y sin paisaje. Yo, ya lo ves, he intentado darle un barniz europeo; pero como si sembrara sal.

ESTUDIANTE.—¿No se ha correspondido a vuestro esfuerzo?

CAPITÁN.—¡Quiá! Nuestro pueblo no tiene conciencia de la literatura.

CLOTALDO.—Somos una nación sin ideales. Sin cultura estética.

CAPITÁN.—Los villanos nos odian y los señores se regocijarían de vernos un día en la horca. ¡Qué asco! En cualquier país del Sur, una institución como la nuestra, tendría una subvención del Estado. Pero aquí... Vele con ideales a un pueblo de analfabetos y mercaderes.

ESTUDIANTE.—¿Y hace mucho que os dedicáis a este noble ejercicio?

CAPITÁN.—Aquí, en el centro, unos quince días. En provincias hemos estado tres meses.

ESTUDIANTE.—No es mucho.

CAPITÁN.—¡Que no es mucho! Pues ¿cuánto crees que se puede resistir así? ¿Sabes lo que llevamos- perdido en ese tiempo?

CLOTALDO.—Cien escudos, señor. Cien escudos que adelanté yo para comprar los trajes y el armamento.

VALDOVINOS.—¡Y veinte más que puse yo para los gastos de propaganda!

FARFÁN.—Falta de organización. Yo ya propuse que robáramos, para empezar, los trajes y las armas. Así, de paso, quedaba hecha la propaganda.

ESTUDIANTE.—¡Qué lástima! ¿Y no hay esperanza de recuperar siquiera ese dinero?

CAPITÁN.—Es difícil. No tenemos opinión.

CLOTALDO.—La gente nos huye.

VALDOVINOS.—Atrancan sus puertas con doble barra.

FARFÁN.—Y cuando se deciden a venir al monte se dejan el dinero en casa. ¡Burgueses!

VARIOS.—¡Abajo la burguesía!

CAPITÁN.—Calma, hijos míos. Estamos de acuerdo: el proceder de la gente con nosotros es poco serio.

FARFÁN.—¡Nos están explotando!

CAPITÁN.—¡Silencio dije! (*Al estudiante*). ¡Ah, hijo mío: tú eres español; y un paisano de Guinarda, de Hernani y de Gil Blas no puede comprender ciertas cosas! ¡Aquellos eran otros tiempos!

ESTUDIANTE.—Confieso mi asombro, capitán. Yo creí que vuestra profesión daba... para vivir decentemente.

CAPITÁN.—De ninguna manera. El bandidaje aquí es un negocio ruinoso; éste es un país rico.

ESTUDIANTE.—¿Entonces?...

CAPITÁN.—A los ricos es muy difícil robarles; se defienden bien.

FAHKÁ.N.—Yo ya he propuesto que robemos a los pobres.

CAPITÁN.—Sí, Farfán, sí. Y ya sabes que en la sesión de anoche se aprobó por mayoría.

CLOTALDO.—Yo di mi voto en contra. ¿Consta en el acta?

CAPITÁN.—Consta.

CLOTALDO.—¡Robar a los pobres!

CAPITÁN.—Sí, es un recurso muy socorrido; lo hace todo el mundo. ¿Pero qué quieres, hijo mío?

CLOTALDO.—Que tengamos la dignidad de nuestra profesión.

FAEFÁN.—No le hagáis caso; éste es un sentimental.

VALDOVINOS.—Claro, como ha sido seminarista...

VARIOS.—¡Abajo el clero!

CAPITÁN.—Orden, señores, orden.

CLOTALDO.—¡Yo, yo un sentimental!

FARFÁN.—¡Tú!

CLOTALDO.—¡Mójame la oreja!

VARIOS.—¡Que se siente!

CAPITÁN.—¡Silencio! ¿Que tenemos que resignarnos con los pobres? Sea; pero sin estridencias de mal gusto. Por cierto, señor Estudiante, que desde que tomamos tal acuerdo eres el primero que cae en nuestras manos.

ESTUDIANTE.—Honradísimo, capitán.

CAPITÁN.—Gracias, hijo.

ESTUDIANTE.—Lo que siento es no poder entregaros más que esta miseria. (*Entrega el hatillo*).

CAPITÁN.—Por Dios... Ya sabemos lo que es un estudiante. ¿Traes dinero?

ESTUDIANTE.—Tres escudos de plata y un poco de vellón.

CAPITÁN.—Vaya... A ver: el secretario. ¿Quién está de semana?

CLOTALDO.—Presente.

CAPITÁN.—Anota eso: tres escudos de plata y algo de vellón. ¿Qué más?

ESTUDIANTE.—Dos mudas, una empanada, un rizo de mujer y un tratado de Retórica y Poética.

CAPITÁN.—Más vellón. (*Clotaldo toma nota*) ¿Queda algo?

ESTUDIANTE.—(*Sacudiéndose las manos*). No, señor; muchas gracias.

CAPITÁN.—Fecha y firma. (*Al Estudiante dándole un recibo*). En paz. (*un silbido*).

VALDOVINOS.—Atención, capitán. (*Los bandidos en pie*).

FARFÁN.—Son Fadrique y Honorato que llaman.

ESTUDIANTE.—¿Peligro?

CAPITÁN.—No; el peligro son tres golpes. Algún nuevo cliente.

VALDOVINOS.—Ha sido hacia el barranco.

CAPITÁN.—Preparen. Señor Estudiante, esta es mi mano. Tal vez no volvamos a vernos. No obstante, si algún día te cansa la vida de ahí abajo y necesitas un retiro tranquilo, aquí me encontrarás. Ya procuraremos hacerte un huequecito en la banda.

ESTUDIANTE.—Gracias.

CAPITÁN.—En la hostería de "El Gallo Blanco" tienes tu casa. De corazón. (*A los suyos*). ¡Estamos!

BANDIDOS.—A la orden.

CAPITÁN.—Adiós, hijo. (*Le abraza*). Marchen. (*Salen y hay un silbido contestando*).

ESTUDIANTE.—Adiós. Y buena suerte.

ESCENA TERCERA

Estudiante solo. Luego, el Diablo.

ESTUDIANTE.—Pues, señor; me han dejado al fresco estos bandidos. Lástima de empanada. Porque los escudos no los pasan ni a trabucazos. ¡Pobre gente! (*Se sienta en las gradas de la cruz*). Bueno: ¿y ahora? Ya estamos como en los libros de caballerías: una encrucijada y una meditación. Por allí el monte solo, sin una casa; por allá los bandidos otra vez, y por ahí el camino de la ciudad. ¿Qué hacemos, querido? Si yo tuviera un caballo, todo resuelto: se aflojan las riendas y tira por donde quieras. Pero así, solo... Es que ni siquiera puedo echar a cara o cruz.

Por detrás de la cruz sale el Diablo, sin tramoya, con un misterio discreto. Anda sin hacer el menor ruido, dando en todo momento una sensación de ingravidez. Es un diablo maduro, sin edad. Viste pulcramente de riguroso luto: calzón, birrete y ferreruero, y habla con una naturalidad mundana tocada a veces de melancolía.

DIABLO.—Dios os guarde, señor Estudiante.

ESTUDIANTE.—Gracias. Igualmente.

DIABLO.—¿No soy indiscreto?

ESTUDIANTE.—De ninguna manera. (*Reparando en él*). Calla... (*Se levanta y lo mira atentamente*). Cosa más rara... Yo juraría que os conozco.

DIABLO.—No es imposible; he sido estudiante muchos años y alcancé cierta popularidad en las Tunas de España.

ESTUDIANTE.—Sí, sí, será eso... (*De pronto, cogiéndole de un trazo*). Tú eres el mismísimo Diablo; no me lo niegues.

DIABLO.—¿Negarlo? ¿Por qué? Soy el Diablo en persona. No creo que sea vergonzoso confesarlo.

ESTUDIANTE.—¡Ah, bien! (*Sentándose otra vez tranquilamente*). Pues te advierto que conmigo pierdes el tiempo. No estoy dispuesto a venderte el alma a ningún precio. Yo soy católico apostólico romano.

DIABLO.—Yo también.

ESTUDIANTE.—¡Tú!

DIABLO.—¡Te lo juro! (*Hace una cruz con el Índice y el pulgar y la besa*) ¿Pues qué creías?

ESTUDIANTE.—Hombre... Yo creía que...

DIABLO.—¿Qué?

ESTUDIANTE.—No. nada; perdona. Siéntate,

DIABLO.—Con permiso.

ESTUDIANTE.—Bueno, bueno. Conque por aquí dando una vuelta, ¿eh? Me alegro. De verdad que tenía muchas panas de conocerte.

DIABLO.—Pues ya me has conocido. Ahora, con sinceridad, ¿qué te parezco?

ESTUDIANTE.—No está mal. Yo creí que eras todavía más feo.

DIABLO.— (*Picado*). ¡Más feo! Sí, claro, te habrán contado perrerías. La gente no sabe más que fastidiar al próiimo. Además, lo reconozco, estoy algo pasado, he engordado... ¡Si me hubieras conocido en mis tiempos!

ESTUDIANTE.—En tus tiempos. Cuando asustabas a las aldeanas y firmabas contratos en las encrucijadas, ¿no?

DIABLO.—Me da pena oírte hablar así. Los hombres sois incorreeibles; criando os aferráis a una mentira la defenderíais con la vida.

ESTUDIANTE.—¿Y es mentira lo de tus contratos? .

DIABLO.—El hecho, no; pero la consecuencia, sí. Vosotros lo recordáis siempre para atribuirme un espíritu de mercader.

ESTUDIANTE.—Naturalmente.

DIABLO.—Pues no; todo eso son cuentos de comadre. Yo no soy un tramposo ni un aprovechado. Es verdad que he firmado algunos pactos, pero siempre favorables al hombre. Contratos leoninos. Si yo daba el amor, la juventud o el dinero, lo daba en buenas condiciones. En cambio hay que ver lo que mis contratantes me entregaban : unas almas remendadas, llenas de lepras y de vicios. Un asco.

ESTUDIANTE.—Entonces, ¿por qué lo hacías?

DIABLO.—¿Y qué iba a hacer? Los hombres no me llamaban para otra cosa. Nadie se acordaba de mí más que cuando le estorbaba el alma.

ESTUDIANTE.—Pues a mí no me estorba. Conque si venías a eso...

DIABLO.—Calma, señor Estudiante; no desbarremos. En primer lugar, yo no puedo venir a comprar tu alma porque todavía no la tienes.

ESTUDIANTE.—¿No?

DIABLO.—No seas orgulloso. Tú eres un muchacho aún, y llegar a hacerse un alma es trabajo largo.

ESTUDIANTE.—Entonces, ¿a qué vienes?

DIABLO.—A proponerte mi amistad desinteresadamente. Vas a empezar la vida, y éso es grave; no sabes dónde te has metido.

ESTUDIANTE.—Pues muchas gracias, no me sirves. Dice un refrán de mi tierra que más vale solo que mal acompañado.

DIABLO.—No es razón. También dice otro refrán...

ESTUDIANTE.—Sí: que no sueltes al diablo cuando lo cojas por el rabo.

DIABLO.—(*Ofendido*). No iba a decir eso. Eso es una grosería.

ESTUDIANTE.—Por cierto que lo del rabo... ¿Dónde lo escondes?

DIABLO.—Pero, señor, ¿cuando acabaréis los hombres de decir tonterías?

ESTUDIANTE.—¿También es mentira lo del rabo?

DIABLO.—Una solemne mentira. Casi todas vuestras mentiras son solemnes. Esta la inventaron los pintores, gente, por lo general, soez y mal educada.

ESTUDIANTE.—¿Los pintores sólo? Pues también en las vidas de santos...

DIABLO.—Ya sé, ya. También los santos se han portado bastante mal conmigo. Y, sin embargo, si no hubiera sido yo, no hubieran sido ellos. ¡Lo que yo trabajé por su santidad, privándome del sueño, tentándoles sin descansó y en horas extraordinarias, a veces hasta las cuatro y las cinco de la madrugada! Pero los pobres... yo creo que ni siquiera me entendieron. No supieron comprender que en la historia del cielo ellos eran el capital y yo el trabajo. Sólo una excepción tengo que hacer: Teresa de Avila.

ESTUDIANTE.—¡Mi paisana!

DIABLO.—Gran espíritu. ¡Y qué prosa la suya, señor Estudiante: llana como lo alto de una cordillera! A mí me compadecía, es verdad; pero con una ternura de mujer... (*Cogiéndole de un brazo*). ¿Tú has leído sus Cartas?

ESTUDIANTE.—¡Eh, eh, confianzas, no! Sé algo de tus mañas y te juro que conmigo no te van a servir. (*Levantándose*). Hemos hablado bastante, ¿no te parece?

DIABLO.—¡Oh, no; escúchame un momento aún! Yo quiero sincerarme contigo.

ESTUDIANTE.—Es inútil.

DIABLO.—Un minuto nada más.

ESTUDIANTE.—Ni medio. Es ya muy tarde y la noche se nos va a echar encima.

DIABLO.—¿Miedo?

ESTUDIANTE.—¿Quién, yo? Soy bachiller por Salamanca y muy capaz de cortarte las orejas si te propasas.

DIABLO.—Ya lo sé; los estudiantes sois muy brutos todos; no es sólo en Salamanca. Pero yo tengo que hacerte una confidencia; óyeme un momento.

ESTUDIANTE.—(*Perdonándole la vida*). Sea.

DIABLO.—Escucha. Yo tengo muy mala fama; la gente cree que no sirvo más que para enredar; los filósofos me consideran como una negación, y los teólogos sostienen que no podré hacer el bien aunque quiera. Y eso sí que no. Yo tengo que darle un mentís a esos charlatanes. ¿Comprendes? Tengo que hacer un bien antes de jubilarme. Pero un bien diabólico... con intriga y tentación.

ESTUDIANTE.—Pues no comprendo para qué te hago falta yo. ¿Quieres hacer un bien? Hazlo de una vez. No creo que necesites contar con nadie.

DIABLO.—Te equivocas; necesito contar con el que ha de recibirlo. Porque no pienso hacer el bien así como se hace el mal: contra el primero que llega. Ni darlo de limosna como los ángeles y los indios. Necesito lucha, necesito inteligencia y esfuerzo. Tú me sirves.

ESTUDIANTE.—¿Y por qué yo precisamente?

DIABLO.—Eres libre y fuerte; estás solo en un país desconocido. Además, eres español... ¡Tengo tan buenos recuerdos de España!

ESTUDIANTE.—Señor Diablo, estamos perdiendo el tiempo.

DIABLO.—Tómame como compañero, no te pesará. Yo te enseñaré a hacerte un alma templada al fuego y al hierro.

ESTUDIANTE.—No, gracias.

DIABLO.—Un alma a la medida de tu cuerpo: valiente y sana. ¿No quieres?

ESTUDIANTE.—(*Seco*). Contigo, nada.

DIABLO.—Bien está. Algún día te arrepentirás. Hoy eres joven y crees bastarte a ti mismo; pero la vida es dura, los años pasan...

ESTUDIANTE.—Por Dios, abreviemos: estas escenas de familia me afectan mucho.

DIABLO.—(*Repentinamente grave*). Buenas tardes.

Y se aleja mustio, silbando una cancioncilla y dando con el pie a la hojarasca del camino.

ESCENA CUARTA

Estudiante solo, luego Infantina y Cascabel.

ESTUDIANTE.—Adiós, querido... Y cuidado con los ladrones. (*Ríe*). Es un pobre diablo. (*Serio*). Y yo... soy un mentecato. Después de todo, quién sabe lo que puede hacer falta. En fin, a la

buena ventura si Dios te la da... (*Va a salir. Suenan risas en el monte. Se detiene*). Demonio, esto es más serio.

Por el camino del monte sale —risas y saltos— la Infantina. Viene mirando atrás y salmodia añiñando la voz:

INFANTINA.—Cuco, cuclillo,
rabiqnín de escoba,
¿cuántos años faltan
para la mi boda?

(*Cascabel, dentro, canta imitando al cuco*).

INFANTINA.—Uno... dos... tres... ¡Eh, Cascabel: eso no vale! ¡No quiero; me estás haciendo trampa! Seis... siete... ¡Ah, cruel; me estás matando! ¡Por Dios, basta, basta ya!

CASCABEL.—¡Otro, señora mía: el último! ¡Cu-cú!

INFANTINA.—Te haré azotar. (*Silencio*). ¿Me oyes? ¿Dónde te has metido?

CASCABEL.—Me he subido a un árbol para hacer el cuco.

INFANTINA.—Corre, baja en seguida: es ya muy tarde y el señor Rey nos va a regañar.

CASCABEL.—Voy.

INFANTINA.—(*A solas*). El renacuajo éste... ¿Cuántas veces hizo el cuco? ¿Cuántos años faltan para mis bodas?

ESTUDIANTE.—(*Que ha contemplado la escena embobado*). Catorce señora; los he contado yo uno por uno.

INFANTINA.—(*Medrosa*). ¿Y quiñ eres tú?

ESTUDIANTE.—Vuestro esclavo, señora, desde hace dos minutos.

INFANTINA.—Tanto honor. (*Una reverencia burlesca, de pronto ríe*). Yo suelo tener mejor vestidos a mis esclavos.

ESTUDIANTE.—(*Ruborizado, fijándose en su desgarrón*) ¿Lo decís por esto? Es el recuerdo de una riña reciente.

INFANTINA.—¡Un desgarrón heroico! Y muy gracioso: ondea al viento de la tarde como una bandera. (*Ríe*).

ESTUDIANTE.—(*Inspirado*). ¿Os gusta? (*Tira de espada y lo corta*). Tomad, os lo regalo.

INFANTINA.—Gracias... (*Lo toma y no sabe qué hacer*). Perdona que me haya reído: acaso tienes una herida...

ESTUDIANTE.—Psé, un rasguño; es poco para ofrecérselo.

Entra el Bufón. Capisayo de seda verde, collar y caperuza de cascabeles y un palo con vejigas. Voz de canción.

CASCABEL.—(*Entrando*). Ríe un momento hacia acá, señora, que no veo el camino. (*Apercibe al Estudiante y se coloca ante él cruzando severamente los brazos*) ¿Quién eres tú, mendigo, que estás ahí de pie?

INFANTINA.—¡Cascabel!

CASCABEL.—Ante la Infantina, cuya risa hace amanecer de emoción todos los dominios del Rey, mi señor, ¿conservas tú esa postura?

INFANTINA.—¡Cascabel!

CASCABEL.—Bien se echa de ver que eres extranjero y de ojos soeces. ¡Arrodíllate, desdichado! Y di luego por el mundo que hoy has visto un milagro de plata con cabellos de lluvia y ojos de

agua salada. Que has visto a la Infantina de los poetas. Siete fadas la fadaron y le dieron rucas de oro. ¡Para ella cantan los nidos y repican las estrellas!

INFANTINA.—¡Cascabel! ¡Cállate ya!

ESTUDIANTE.—¡No, sigue, Cascabel; sigue! Y repican las estrellas... ¿Qué más?

CASCABEL.— (*Digno, le aparta el brazo y se limpia*). ¡Quite allá el hampón! (*Deshace el ritmo de una cabriola*). ¡Cómo temblaría el panal en los hocicos del oso!

INFANTINA.—(*Al Estudiante*). No le hagas caso.

ESTUDIANTE.—Es divertido el bufón.

INFANTINA.—A ratos. Mi preceptor dice que es un poeta culterano; pero yo creo que no pasa de juglar y chocarrero.

CASCABEL.—Ah. mi señora me desprecia. Mi señora hace siempre lo mismo cuando habla con los jóvenes. (*Llanto de falsete*).

El bufón tenía un amor.

Se lo robó un leñador.

¿Para qué quieres el hacha?

¡Para matar al ladrón! (*Saltando junto a ellos*)

¡Toc, toc! ¡Toc, toc!

INFANTINA.—¡Calla!

CASCABEL.—Muerte a los leñadores: —que me roban la risa—, que me talan el bosque. ¡Toc, toc! ¡Toc, toc!

INFANTINA.—Vamos, Cascabel: quieto. Ven acá. (*El se acerca como un perro y le lame las manos*). ¡Malo! (*La acarica y le tiene junto a sí por el collar*). Soy la Infantina, es verdad. Hoy estaba indispuerto mi preceptor y no he tenido clase de gramática. Mi preceptor padece del hígado, ¿sabes? Y cuando se le agudiza el dolor tengo permiso para salir al campo. Esto suele ocurrir un par de veces por semana.

ESTUDIANTE.—Vuestro preceptor, señora, tiene un hígado muy amable.

INFANTINA.—El caso es que esta tarde nos hemos entretenido demasiado. Está ya oscureciendo y el señor Rey nos va a regañar. Además, el sitio es peligroso; dicen que el monte está infestado de bandidos.

ESTUDIANTE.—En efecto: yo los he visto hace poco.

INFANTINA.—¿Tú los has visto? ¿Dónde?

ESTUDIANTE.—Aquí mismo. Sentados en rondel junto a esa cruz.

INFANTINA.—¡Aquí! ¿Lo ves, Cascabel? ¿Ves cómo era verdad? ¡Qué desgracia! ¡Siempre llego tarde!

ESTUDIANTE.—¿Los buscabais acaso?

INFANTINA.—Naturalmente. Los bandidos tienen que ser unas personas muy interesantes. ¿Viste al capitán? Oh, dime: ¿Cómo es?

ESTUDIANTE.—Psé...

INFANTINA.—¿Psé?...

ESTUDIANTE.—Vamos... como todos los capitanes de bandoleros: joven, guapo, ojos ardientes, capa y caballo.

INFANTINA.—¡Lo ves, Cascabel! ¡Como yo lo soñaba! ¿Crees que si me hubiera encontrado me raptaría?

ESTUDIANTE.—(*Sonriente*). Desde luego. Es lo correcto.

INFANTINA.—¿Verdad? Y yo que estaba dispuesta a creer que todo era cuento, he tenido tantos desengaños! Cuando era pequeña me ponía a veces una caperucita roja y venía al monte muerta de miedo y de esperanza. Pero nunca encontré al lobo. La culpa la tienen los poetas; nos hacen

creer que la vida está llena de peligros, y luego todo es mentira. ¿Tú eres poeta?

ESTUDIANTE.—No, la verdad. Nunca se me había ocurrido.

INFANTINA.—¿Y bandido? ¿Tampoco eres bandido!

ESTUDIANTE.— (*Ruborizado*). No, tampoco... Perdón.

INFANTINA.—Entonces... si no eres bandido ni poeta, ¿qué eres?

ESTUDIANTE.—Nada; un mísero estudiante.

INFANTINA.—Vaya, menos mal. Extranjero, ¿verdad?

ESTUDIANTE.—(*Erguido de pronto*). ¡Español! Bachiller por Salamanca.

INFANTINA.—¡Oh, español!

CASCABEL.—(*En falsete*):

¡Centinelas, alerta,
que está el lobo con la oveja!
¡A las armas, capitán,
y el moscardón en el panal!

(*Ensaya un vuelo de moscardones*).

INFANTINA.—Bueno, Cascabel, basta; ya nos vamos.

ESTUDIANTE.—¿Permitís que os acompañe?

INFANTINA.—No, por Dios; la gente es muy maliciosa.

ESTUDIANTE.—Sin embargo, el camino es peligroso, y la hora...

INFANTINA.—Perfectamente. ¿Tú corres bien? Hagamos una apuesta: si me alcanzas, para ti. (*Corre dejando caer el pañuelo. El Estudiante va a seguirla y Cascabel le pone una zancadilla*).

CASCABEL.—(*Riendo*). ¡Bravo halcón para mariposas!.(*Le da con las vejigas*).

INFANTINA.—¡Buenas noches el Bachiller! (*Huye*).

ESCENA QUINTA

Estudiante y Diablo.

El Estudiante ha quedado a cuatro patas mirando hacia el camino del valle. Monte abajo rueda la risa de la Infantina. Pausa. Entra el Diablo en silencio y le da con el pie.

DIABLO.—Señor Estudiante... (*El Estudiante no oye*). Señor Estudiante...

ESTUDIANTE.—¡Vete al demonio! (*Volviéndose*). ¡Ah!, eres tú; perdona.

DIABLO.—¿No ibas a llamarme ahora? Aquí me tienes. (*Se cruza de brazos*).

ESTUDIANTE.—Puede que no te equivoques esta vez.

DIABLO.—Seguro que no.

ESTUDIANTE.—...era un canto de nidos y un repique de estrellas.

DIABLO.—Ahora mismo estabas pensando en conquistar un reino, en ganar batallas y en llenar toda tu vida con el amor de una mujer.

ESTUDIANTE.—(*Despierto, sentándose en el suelo*). ¿Cómo lo has sabido?

DIABLO.—Es lo primero que se os ocurre a todos en cuanto os ponéis a cuatro patas.

ESTUDIANTE.—(*Se levanta*). ¿Pero la has visto? ¿La has oído reír?

DIABLO.—Riendo son iguales todas. ¿Sabes tú algo más de ella?

ESTUDIANTE.—Sé... que es la Infantina del reino, que su voz hace amanecer de emoción estos contornos. ..

DIABLO.—Acaba ya; sabes todo lo que se le ha ocurrido decir a un miserable bufón. (*El Estudiante calla abismado*). Amigo mío: has sido derrotado vergonzosamente. Antes me despreciaste; tenías confianza en tus propias fuerzas. Entonces pensabas que tendrías que

habértelas solamente con enemigos menores: con bandidos... o con catedráticos. Pero salió a tu encuentro una mujer y ya te sientes pequeño. Sin embargo, yo no soy rencoroso; aquí me tienes.

ESTUDIANTE.—(*De pronto*). ¡Tú puedes darme esa mujer!

DIABLO.—¿Dártela? ¡Gánala tú!

ESTUDIANTE.—Entonces puedes marcharte.

DIABLO.—Sí, ya lo sé. Poseer sin el placer de conseguir; saltar de estudiante mozo a doctor Fausto. No seas niño; el amor es un ideal mezquino. Déjame hacer el bien que te prometí. Yo quitaré de tu camino a la mujer y te mostraré lo que hay detrás; la aventura y la gloria.

ESTUDIANTE.—No me hace falta eso.

DIABLO.—El amor sólo es bueno cuando se toma como espejuelo para mayores empresas. Se quiere a una mujer y se dice: "Lucharé por ella, revolveré el mundo, la conseguiré". Y si esto último no llega ¡qué importa! Lo esencial es lo otro: luchar, revolver el mundo. ¡Yo te ayudaré a eso!

ESTUDIANTE.—Es la Infantina, amigo Diablo; está demasiado alta.

DIABLO.—Cobarde. Cuando se es joven y pobre no hay cosas altas. ¡Sube tú!

ESTUDIANTE.—Imposible. Ella está enamorada. Y enamorada de un hombre al que ni siquiera conoce: de un capitán de bandoleros.

DIABLO.—También tú puedes ser capitán de bandoleros.

ESTUDIANTE.—¡Yo!

DIABLO.—Tú. Si ella te soñó con ese traje, qué importa. Póntelo y adelante.

ESTUDIANTE.—Imposible...

DIABLO.—Yo te empujaré. Yo seré para ti la bruja de las ambiciones; la que grita a los hambrientos: "Macbeth, tú serás rey, tú serás rey!"

ESTUDIANTE.—Imposible... No veo el camino...

DIABLO.—El camino ya lo tienes hecho; te lo hizo ella misma y te dejó en él su pañuelo para que no te perdieras.

ESTUDIANTE.—¿Su pañuelo? (*Viéndolo*). ¡Suyo! (*Lo besa apasionadamente. El Diablo ríe*).

DIABLO.—¡Cobarde! ¡Ahora te estás enamorando de un pañuelo! ¡Igual besarías su risa, igual besarías su recuerdo! ¡Por qué no la besaste a ella misma?

ESTUDIANTE.—(*Enajenado*). Era un canto de nidos... y un repique de estrellas...

DIABLO.—¡Cobarde, cobarde! Te enamoras del reflejo, te enamoras del eco...

ESTUDIANTE.—...un milagro de plata con cabellos de lluvia y ojos de agua salada...

DIABLO.—¡Cobarde, cobarde! (*Asiéndole violentamente*). ¿Me oyes? Estás enamorado estúpidamente de las palabras de un bufón. Piensas vivir y estás soñando. Ese pañuelo lo traía para el capitán. Y ya lo traicionó contigo. Y a ti te traicionará con tu recuerdo. Y a tu recuerdo con los bigotes de un escudero.

ESTUDIANTE.—(*Pasando de la sorpresa al furor*). ¡Ah! ¡La insultas! ¡Eso sí que no! (*Tira de espada*). Defiéndete.

DIABLO.—(*Triunfante*). ¡Por fin!

ESTUDIANTE.—¡Defiéndete digo!

DIABLO.—¡Así! Atropella, desborda, ¡vive!

ESTUDIANTE.—¡Canalla!

DIABLO.—Por ella sacaste tu espada contra el Diablo. ¡Igual la hubieras sacado contra Dios!

ESTUDIANTE.—(*Fuera de sí*). ¡Te mataré como a un perro!

DIABLO.—(*Parando la estocada con la mano*). ¡Así! ¡Así!... ¡Tú serás rey!

TELÓN

JORNADA SEGUNDA

En el palacio del señor Rey. Salón con estrado. Al fondo, amplia galería de cristales y terraza que da sobre el jardín. Es de noche. La Infantina, enterrada en un sillón lleno de almohadones, dormita. La Dueña la contempla en silencio, y creyéndola dormida va a salir a tiempo que entra Cascabel.

ESCENA PRIMERA

Infantina, Dueña y Cascabel.

DUEÑA.—Silencio, Cascabel; la Infantina duerme.

CASCABEL.—¿Y vos estabais con ella?

DUEÑA.—Hasta ahora mismo.

CASCABEL.—¡Oh!, la Infantina es valiente. Yo no sería capaz jamás de dormir a vuestro lado.

DUEÑA.—Y dale. No sé qué consigues burlándote ahora que nadie te oye. No es propio eso de un bufón.

CASCABEL.—Gran verdad. (*Serio*). Mi señora la Dueña: ¿corre peligro la salud de la Infantina?

DUEÑA.—No sé; yo soy una pobre ignorante. El señor Pedagogo, que ha estudiado concienzudamente el caso, tampoco sabe... Pero yo me quedo con la mía. La Infantina, señor Cascabel, está embrujada.

CASCABEL.—Eso me huele a chamusquina.

DUEÑA.—Embrujada, sí, señor. Yo no sé cómo habrá sido, pero así es. Tal vez aquella vieja que le regaló naranjas... Las naranjas son peligrosas.

CASCABEL.—Mucho. Y las viejas también. Las dos cosas juntas, horrible.

DUEÑA.—En esas naranjas suelen ir escondidos los bebedizos y los filtros máficos.

CASCABEL.—¿Y no habéis pensado otra cosa? Tal vez hay escondido un sapo en la fuente. Es cosa que también se ha visto mucho.

DUEÑA.—Acaso, acaso. Es una idea.

CASCABEL.—Debéis fijaros en eso. Un sapo barrigudo, con las ojos saltones y las manos en oración, embrujando las aguas, ¿eh?

DUEÑA.—Sí, sí; ya está. Fue un sapo.

CASCABEL.—Magnífico, señora mía. Contádselo al Pedagogo; así revolverá doscientos infolios más y encontrará recetas divertidísimas. (*Misterioso*). Podéis decirle; además, que ese sapo ceñía espada y chupa de estudiante y que era: bachiller por Salamanca.

DUEÑA.—¿Cómo?... ¿Estás loco, Cascabel?

CASCABEL.—Seguramente un poquito. Todo lo loco que se puede estar a vuestro lado. Andad. (*La Infantina se agita en su sillón y levanta una mano, llamando*). Señora... (*La Dueña se santigua y sale*). Señora...

INFANTINA.—Cascabel: acércate; siéntate aquí conmigo.

CASCABEL.—(*A sus pies*). Gracias: sentía frío desde que te pusiste enferma. ¿Cómo estás hoy?

INFANTINA.—Mejor. ¿Marchó la Dueña?

CASCABEL.—Acaba de salir.

INFANTINA.—Me da miedo esa Dueña, empeñada en fabricarme unguentos con belladona, mandragora y uña de la Gran Bestia. Es preferible oír un soneto tuyo Cuéntame un cuento, Cascabel.

CASCABEL.—Bien: te contaré un cuento de miedo.

INFANTINA.—No; de miedo, no.

CASCABEL.—¿Por qué? No te asustes; los cuentos de miedo son siempre farsas ingenuas y bondadosas; loa han inventado las madres para que sus hijos tuvieran los ojos más grandes... ¿Lo cuento?

INFANTINA.—(*Medio dormida*). Cuéntalo.

CASCABEL.—Pues una vez... Una vez era un río, un río verde, que no tenía corazón. Además, era muy serio, y se incomodaba porque los peces que tenía dentro le hacían cosquillas. Y una noche la luna, redonda y blanca, se cayó al río. Entonces la luna parecía el corazón del río. Y los peces jugaban en ella como en una isla de hielo. Pero pasó por allí un hombre, todo de negro; vio la luna y se la comió como si fuera un aueso. Se tragó la alegría blanca de los peces, se tragó el corazón del río. Aquel hombre era el Diablo.

INFANTINA.—(*Con un grito*). ¡El Diablo! ¡Eso! ¡Sí, Cascabel! ¡Era el Diablo... y se comió un corazón!

CASCABEL.—(*Asustado*). Señora...

INFANTINA.—El Diablo... Cascabel: ¿tú sabes que el Diablo está aquí?

CASCABEL.—¿Aquí?

INFANTINA.—Sí, aquí, en el reino. Yo se lo he oído contar a mis pajes. Y desde que él apareció, nuestro país marcha a la ruina; dicen que hay epidemia, que habrá una guerra, que yo estoy embrujada. Y es verdad : estoy embrujada de miedo y de tristeza.

CASCABEL.—Cálmate, señora mía. Yo te juro que el Diablo es un sujeto encantador, incapaz de esas atrocidades que le atribuyen tus pajes.

INFANTINA.—¡Ay!, Cascabel: me parece que tú no crees en el Diablo.

CASCABEL.—Mi oficio no me permite tener una gran fe. Pero cálmate; si quieres yo veré al Diablo, y le rogaré que no meta ruido, que te duele la cabeza... ¿Pasó ya?

INFANTINA.—Ya... No ha sido nada.

ESCENA SEGUNDA

Los mismos y el Pedagogo.

Grandes antiparras de concha, birrete poligonal, hopalanda y un vademécum al brazo. Basta verlo para comprender que en su vida ha tocado la bandurria.

PEDAGOGO.—(*Entrando*). Perdón, señora: ¿os he interrumpido?

INFANTINA.—No, iba a salir. ¿Me buscabais?

PEDAGOGO.—Buscaba al señor Rey. Y vos, ¿qué tal os encontráis?

INFANTINA.—Estoy mejor, gracias. El señor Rey debe de estar en sus habitaciones. Con vuestro permiso. Acompañame Cascabel.

Salen la Infantina y Cascabel. Entra el señor Rey. Es un Rey grotesco, como escapado de una baraja española. Pasea nervioso, con pasitos menudos, y dice un "¡Ah!" muy suficiente siempre que no entiende algo.

ESCENA TERCERA

Señor Rey y Pedagogo.

REY.—Hola, Pedagogo.

PEDAGOGO.—Señor: buscándoos estaba.

REY.—¿Viste hoy a mi hija?

PEDAGOGO.—En este momento nos despedíamos. Está mejor.

REY.—¡Mejor! Vaya. Y qué, ¿sabes algo de su enfermedad? ¿Has acabado ya de revolver librotos?

PEDAGOGO.—He consultado detenidamente a Paracelso.

REY.—¿A quién?

PEDAGOGO.—A Paracelso. Un médico, señor.

REY.—¡Ah! ¿Y qué te ha dicho Paracelso?

PEDAGOGO.—Nada; no sabe nada de estas cosas.

REY.—Claro. ¿Qué va a saber un médico? Los médicos no saben más que lo que les vamos enseñando los enfermos.

PEDAGOGO.—La Pedagogía, en cambio...

REY.—¿Qué dice la Pedagogía?

PEDAGOGO.—La Pedagogía y yo, señor, estamos de acuerdo en este aforismo fundamental: "Natura non facit saltus".

REY.—¡En romance, señor Pedagogo? Cien veces te he dicho que el latín me ataca al riñón.

PEDAGOGO.—La Infantina está en un período crítico del crecimiento; no se salta de niña a mujer. Eso es lo que decía.

REY.—¡Ah! No se salta... (*Pausa*). ¿Y qué tiene eso que ver aquí?

PEDAGOGO.—De una edad a otra media, una lapruna extraña y pelijrrosa. Las mujeres suelen llenarla de suspiros y de bostezos. Sueñan, no comen, lloran sin motivo y fastidian a todo el mundo. Eso se llama amor.

REY.—(*En seco*). ¡Amor!

PEDAGOGO.—Amor de amar.

REY.—¡Amor de amar!

PEDAGOGO.—O tal vez, en este caso, amor de amor; amor de un hombre concreto. Después de todo: "Nihil volitnm quin precognitum"

REY.—(*Terrible, llevándose las manos a los riñones*). ¡A ver! ¡Tradúceme eso, infame!

PEDAGOGO.—Digo que nada se quiere sin haberlo antes conocido.

REY.—¡Ah! Sin haberlo antes conocido... (*Pausa*). ¿Y eso qué quiere decir?

PEDAGOGO.—Quiero decir que probablemente la Infantina ha fijado sus ojos en algún hombre.

REY.—¿Sí? ¡Y él se habrá dejado mirar! ¡Los hay con un descaró!

PEDAGOGO.—Lo cierto es que vuestra hija salió hace unos días al monte; sin que yo lo supiera, claro: el monte está infestado de bandidos, como sabéis, y la broma era peligrosa. Afortunadamente no se tropezó con ellos, pero sí con un estudiante español y mozo. Desde aquella tarde vuestra hija ha hecho lo que os decía: soñar, no comer, llorar sin motivo...

REY.—Sí, y fastidiar a todo el mundo.

PEDAGOGO.—Exacto; ahora vos diréis.

REY.—(*Pasea agitado*). Conque estudiante y español, ¡eh! Dos recomendaciones. ¡Hum! (*Parándose*). Pero, no, mi hija es incapaz de enamorarse sin mi permiso.

PEDAGOGO.—Eso... Pensad, señor, que el campo estaba abonado. Vuestra hija sentía hace tiempo ese vaso amor de amar. Su risa era ya risa de novia. Por eso habréis notado que prefería su bufón a su Dueña, y las malas lecturas a las buenas. Además, había perdido su anticua afición a la Lógica —cosa muy sospechosa— y había hecho introducir en sus jardines esas fuentes barrocas donde hav angelotes que vierten agua por sitios inesperados y deshonestos.

REY.—¿Eso ha hecho? Demonio...

PEDAGOGO.—El caso es grave. Sin embargo... pudiera ser una solución. "Similia similibus curantur"

REY.—(*Rugiendo*). ¿Simili... qué?

PEDAGOGO.—La crisis actual del reino depende en gran parte de las bodas de vuestra hija. El rey Bertoldo daría dos provincias por hacerla su esposa.

REY.—¡Eso nunca!

PEDAGOGO.—En otro caso la guerra parece inevitable.

REY.—¡Otra guerrita ahora! Era lo que nos faltaba. ¡Con lo que a mí me duele el estómago!

PEDAGOGO.—Pensadlo despacio, señor. Vuestros capitanes la necesitan: hace diez meses que no ascienden. Por otra parte, el pueblo tiene hambre y peste, y se ha llegado a temer una revolución. La peste y el hambre son insoportables en tiempos de paz. Por eso sería conveniente buscar una salida purgativa a los malos humores del populacho llevándolo a la guerra.

REY.—Demonio, es verdad... Una salida purgativa. (*Pausa*). Oye: una salida purgativa ¿qué es?

PEDAGOGO.—Una canalización, señor. Una catarsis.

REY.—¡Ah!, una catarsis... en fin, qué le vamos a hacer. Prepárame un decretito de catarsis para mañana. Sin complicaciones, ¿eh!

PEDAGOGO.—Perdón, señor: me permito recordaros que me habéis otorgado licencia. No olvidéis que mi hígado corre parejas con vuestro estómago... salvando las distancias.

REY.—Pero ¿y mi hija? ¡Y los negocios de Estado!

PEDAGOGO.—Ya he pensado en ello y me he buscado un sustituto de toda confianza. Vuestra hija tendrá desde hoy un nuevo preceptor.

REY.—¡Hombre hábil!

PEDAGOGO.—Y de talento. Anoche se me presentó y me ha cautivado completamente. Es un médico sagaz, un gran educador y doctor en Teología. Algo providencial.

REY.—Muy bien: mañana me lo presentarás.

PEDAGOGO.—Está aquí esperando vuestra venia.

REY.—¡A estas horas!

PEDAGOGO.—Es algo raro: la luz del día le molesta; ama el crepúsculo y la noche.

REY.—Que pase.

ESCENA CUARTA

Los mismos y el Diablo.

DIABLO.—(*Presentándose a las últimas palabras del señor Rey*). A vuestras órdenes.

PEDAGOGO.—El nuevo preceptor de la Infantina.

REY.—(*Después de mirarlo largamente dando vueltas a su alrededor*). No está mal. Médico, ¿verdad?

DIABLO.—Médico, señor.

REY.—¿Y doctor en Teología?

DIABLO.—(*Modestamente*). Licenciado.

REY.—Supongo que el señor Pedagogo te habrá dado ya instrucciones. La cosa pública anda mal, ¿oyes? El pueblo tiene hambre y peste y se teme una revolución.

DIABLO.—Oh, no temáis, señor: un pueblo con hambre y peste es como un niño... con zapatos viejos.

REY.—(*Al Pedagogo*), ¿Has oído? Me gusta, me gusta. A ver, ¿dónde está la Infantina? Quiero que conozca a su nuevo preceptor hoy mismo.

PEDAGOGO.—En seguida. (*Sale*).

REY.—Eso de los zapatos viejos lo he entendido a la primera. Tú hablas con talento.

DIABLO.—Señor...

REY.—Oye: me han dicho que te molesta la luz del día.

DIABLO.—En efecto: me parece violenta y grosera. De día las cosas se presentan tal como son. La noche, en cambio, tiene fantasía, miente y retuerce. Yo odio la luz, y por eso me llamo Mefistófeles.

REY.—¡Mefistófeles! (*Inquieto*). Eso no será latín, ¿verdad?

DIABLO.—No, señor: griego nada más.

REY.—¡Huy, huy, huy!

ESCENA QUINTA

Dichos, Pedagogo, Infantina y Cascabel.

PEDAGOGO.—(*Presentando*). Mi señora la Infantina del reino. El señor Mefistófeles, vuestro nuevo preceptor.

DIABLO.—Señora. (*Le besa gentilmente la mano, que retiene un momento*). Es curioso: acabo de poner un beso en vuestra mano y ahora no me explico cómo ha cabido en ella.

INFANTINA.—(*Complacida*). Gracias. ¿Has oído, papá? Es galante; no parece un pedagogo.

PEDAGOGO.—(*Bufando*). No está mal la galantería. Es una debilidad disculpable. No obstante, querido colega, debo recordaros que vuestra misión es profundamente seria. La Infantina es algo alocada y debéis enseñarle a cazar sus mariposas en los huertos del Trivium y el Quadrivium. No alimentéis su fantasía. Como advierte Silvius: "Equis currentis..."

DIABLO.—(*Terminando la frase*). ...non opus calcáribus".

REY.—(*Con un alarido nefrítico*). ¡Ah, eso no, no más!

DIABLO y PEDAGOGO.—Señor...

REY.—Yo no entiendo de Pedagogía, pero tengo que hacer dos advertencias. Primera: no hay razón para que los pedagogos habléis siempre en latín. De hoy en adelante aquí se va a hablar como Dios manda. ¿Estamos?

DIABLO.—Realmente... el latín es una lengua muerta.

PEDAGOGO.—¡Es una lengua asesinada!

REY.—(*Solemne*). Da lo mismo: "Requiescat in pace". (*Le sorprende una punzada de riñon al oírse a si mismo*). Segunda: no hay razón tampoco para que en vuestros manuales para la educación de príncipes habléis a todas horas de "el gobierno de la República, la felicidad de la República y las zarandajas de la República". Delante de la Infantina queda prohibido eso: no tengo necesidad de que mi hija oiga palabrotas. He dicho. Señor Pedagogo... (*Sale*).

PEDAGOGO.—A vuestras órdenes. (*A Cascabel*) ¡Andando, chisgarabís!

CASCABEL.—De ninguna manera; yo me quedo.

PEDAGOGO.—¿A escuchar las lecciones?

CASCABEL.—No en mis días. La Lógica no me interesa.

PEDAGOGO.—¿No?

CASCABEL.—Ni la Retórica tampoco.

PEDAGOGO.—(*Grave*). ¿Tampoco la Retórica? ¡Ah, muchacho!; tú acabarás en la horca. (*Sale*).

ESCENA SEXTA

Diablo, Infantina y Cascabel.

CASCABEL.—(*Aparte*). Siquiera estas lecciones merecerán la pena. ¡Hura! El nuevo preceptor sí que rae huele a chamusquina. (*Sube al estrado, se encasqueta la corona y finge dormir, pero con solo un ojo*).

DIABLO.—Tengo entendido, señora, que os encontrabais enferma estos días.

INFANTINA.—¡Oh!, no es nada. Una tristeza inexplicable y absurda. Tengo todo cnanto puedo desear y me entra a veces la manía de creerme desgraciada.

DTABLO.—¡Bah!, enfermedades literarias.

INFANTINA.—Parece que no lo tomáis muy en serio. Pues no vayáis a creer: la gente dice que estoy embrujada.

DIABLO.—¿Embrujada?

INFANTINA.—Sí; ¿no sabéis? Es una historia famosa. Unos dicen que me embrujó un sapo, otros que un estudiante y otros que fue el Diablo en persona.

DIABLO.—¡El Diablo! (*Ríe*).

INFANTINA.—Todo pudiera ser. ¿De qué os reís? ¿No es verdad que existe el Diablo?

DIABLO.—(*Serio*). Hija mía: me extraña mucho esa pregunta. El Diablo es una institución fundamental y necesaria.

INFANTINA.—No, si yo lo he creído siempre. Cascabel, mi bufón es el que lo niega.

DIABLO.—Vuestro bufón, señora, es un ateo. (*Cascabel ronca*). Lo que ocurre con el Diablo es que probablemente no tiene ese poder de embrujamiento que se le atribuye. Como no lo tienen los sapos... ni los estudiantes.

INFANTINA.—¿Los estudiantes tampoco?

DIABLO.—Tampoco. A todos esos seres les ha supuesto la leyenda un veneno que no tienen.

INFANTINA.—Cuando vos lo decís... sin embargo, a mí me ocurre algo extraño. Mi antiguo preceptor decía, que yo estaba empezando a amar.

DIABLO.—Vuestro preceptor se equivocaba. Las mujeres aman siempre; sólo que a veces el amor está dentro de ellas invisible como el agua limpia en un vaso.

INFANTINA.—¿Verdad?

DIABLO.—Vuestro preceptor quiso decir que algo vino a remover de pronto el amor de que estabais llena.

INFANTINA.—¡Eso! Qué bien penetráis en mí. Ya me siento a vuestro lado como junto a un confesor. (*Risueña*). No os vayáis a asustar, ¡eh! Sólo tengo pecados veniales.

DIABLO.—(*Sincero*). Lo siento. El pecado venial es poco serio, y generalmente no tiene ningún valor educativo.

INFANTINA.—Pero es que yo no pensaba hablaros ahora más que de amor.

DIABLO.—De todos modos, en amor cabe un pecado mortal.

INFANTINA.—¿Uno sólo?

DIABLO.—Uno sólo: el primer beso.

INFANTINA.—¿Y por qué es mortal el primer beso?

DIABLO.—Porque hace inútiles todos los demás

INFANTINA.—¡Oh!... habláis de amor con una gran seguridad; parece que habéis amado mucho.

DIABLO.—Mucho... Una vez sola.

INFANTINA.—¡Oh!, contadme eso. Qué interesante. ¡Una vez sola!

DIABLO.—Es una historia lejana que algún día encontrará su poeta. Pero no quisiera recordarlo.

INFANTINA.—Pensad que casi me lo habéis prometido. Ea: ya os escucho.

DIABLO.—Sea. (*Después de un silencio reflexivo*). La cosa ocurrió en Alemania, cuando yo era

hombre de buen humor y me divertía con los estudiantes y los borrachos en las tabernas de Leipzig. Ella era una muchacha pobre. Se llamaba Margarita. Cantaba la canción del rey de Thulé mientras hilaba; y soñaba una casa y un huerto en la montaña ¡Margarita!... Era melancólica y fresca a la vez como una tarde con lluvia. ¡Oh!, ¡Oh! que no saben cómo quise yo a aquella mujer, no podrán explicarse lo que pasó después. Ella se enamoró de un doctor Fausto, miserable y cobarde, y una noche le dijo en el jardín que me odiaba. ¡Yo se lo oí decir a ella misma, a aquellos labios queridos! ¡Y los vi besarse entre las rosas! (*Cascabel ronca fuerte. El Diablo se recobra*). Perdón, señora; es enfadoso esto.

INFANTINA.—De ningún modo; seguid. ¿Qué sucedió después?

DIABLO.—Lo que sucedió después —el duelo con su hermano, la muerte del niño, la acusación ante los jueces— ya no es amor. Fue una desesperación de celos.

INFANTINA.—Pero... ¿y ella? ¡Margarita!

DIABLO.—Ella me odiaba, ya os lo he dicho. Me odiaba porque me tenía miedo.

INFANTINA.—¿Se odia por miedo?

DIABLO.—Siempre. El odio es una manera de defenderse.

INFANTINA.—Acaso, acaso... (*Pausa*). Decidme: ¿creéis que yo soy capaz de odiar?

DIABLO.—¿Por qué no? Sois débil.

INFANTINA.—¿De matar quizá?

DIABLO.—Quizá.

INFANTINA.—Es horrible, ¿verdad? Pero tenéis razón: soy miedosa y...

DIABLO.—¿Y a quién odiáis?

INFANTINA.—(*Con miedo de sus propias palabras*). ¡Al Diablo!

DIABLO.—Señora... (*Recobrándose*). También Margarita le odiaba.

INFANTINA.—Y es que le tengo miedo, ¡sí! Hasta aquí, en el reino, me persigue. Lo veo en sueños con sus cuernos, y su pata de cabra, y un rabo largo, largo... (*Suena en el jardín un silbido extraño*) ¡Oh, ahí está! (*Abrazándose a él*). ¡Salvadme!

DIABLO.—(*Paternal*). Calma, hija mía.

INFANTINA.—¡Me comerá el corazón!

DIABLO.—No temáis. Si es el Diablo tentará a otro para que coma la fruta; es su costumbre.

INFANTINA.—(*Con miedo aún*). ¿Qué habrá sido eso?

DIABLO.—Nada; las cornejas.

INFANTINA.—Perdón, soy miedosa hasta lo ridículo. Y, sin embargo, el miedo mismo me sugiere a veces ideas heroicas. Si vierais lo que he estado planeando hoy todo el día.

DIABLO.—¿Qué?

INFANTINA.—¿Me ayudaríais?

DIABLO.—Con toda mi alma, ¿Qué os proponéis?

INFANTINA.—¡Matar al Diablo!

DIABLO.—(*Después de meditarlo*). Es difícil. Habéis de saber, señora, que al Diablo sólo se le puede matar con un arma: su propio puñal.

INFANTINA.—¿Y ese puñal?

DIABLO.—Es una joya de arte fabricada por él mismo. Tiene la hoja de plata y en el pomo una cruz de rubíes.

INFANTINA.—Pero ¿dónde está? Lo tiene él, claro.

DIABLO.—No: ese puñal lo tiene un estudiante español que es hoy capitán de bandoleros en vuestro reino.

INFANTINA.—¿Cómo! ¿Estudiante y español, decís?

DIABLO.—Si no me equivoco mucho, Bachiller por Salamanca.

INFANTINA.—¡Oh! ¡Era él!

DIABLO.—¿El? ¿Quién?

INFANTINA.—No, nada; perdón. No sé lo que digo. Me arde la cabeza. (*Se oye de nuevo un silbido*). Otra vez... ¿Oís? Parece una señal.

DIABLO.—Os engaña vuestra imaginación. Acaso tenéis fiebre. Venid. (*Abre el cierre de cristales. En la terraza da la luna*). El fresco de la noche os hará bien.

INFANTINA.—Gracias. (*Sale a la terraza*). ¡Qué hermosa noche! La luna está llena y tan baja que es capaz de calentar las manos. (*Tiende los brazos a la luz*).

DIABLO.—(*Volviendo sigilosamente a escena*) ¡Pardiez, qué impaciente es el mozo! Este bergante... (*Por Cascabel*). Duerme. Bien, amigo Diablo; trabajas como siempre: el placer de tentar, para ti; la fruta, para los demás. (*Oyendo a la Infantina*). Es el momento. (*Se desliza y sale. Durante este breve monólogo, la Infantina va diciendo lo que sigue y entra a escena a tiempo que el Diablo sale*).

INFANTINA.—¿Pero no veis una sombra extraña allí? Parece que se mueve. Sí, viene hacia aquí. ¿No veis? (*Al darse cuenta de que está sola*). ¡Señor preceptor! ¡Oh, me ha dejado sola! ¿Quién va?... ¡Cascabel! (*Cascabel ronca. Por la terraza asoma el Estudiante en traje de bandolero. Trepa ágil y salta a escena. La Infantina ahoga un grito*).

ESCENA SÉPTIMA

Infantina y Estudiante. Cascabel dormido.

ESTUDIANTE.—Buenas noches, mi señora. Perdonad que me presente así. Apenas tengo tiempo para ser galante.

INFANTINA.—¡Tú!

ESTUDIANTE.—Yo, un amigo. No os asustéis.

INFANTINA.—Pero ¿qué intentas? ¿A qué vienes?

ESTUDIANTE.—A traeros una cosa que perdisteis el otro día en el monte y a buscar una que perdí yo.

INFANTINA.—¿Qué traes?

ESTUDIANTE.—Este pañuelo.

INFANTINA.—¿Y qué vienes a buscar...?

ESTUDIANTE.—Un beso.

INFANTINA.—(*Retrocediendo*). ¡Oh!...

ESTUDIANTE.—Pronto, señora. Perdonad que os dé prisa; dispongo de muy poco tiempo.

INFANTINA.—¡Pides las cosas de un modo!

ESTUDIANTE.—No puedo hacerlo de otro. No sé si moriré mañana. Un beso.

INFANTINA.—Por Dios, déjame pensarlo siquiera un minuto.

ESTUDIANTE.—Imposible: no tengo tiempo. Tal vez me han visto entrar vuestros soldados; si es así subirán todos corriendo por la escalera, y yo debo aprovechar esa oportunidad para volver a salir por donde entré. ¡Un beso!

INFANTINA.—¿Sabes que el primero es mortal?

ESTUDIANTE.—Sería cosa de pensarlo, pero no tengo tiempo.

INFANTINA.—Señor capitán...

ESTUDIANTE.—¿Me dejaréis marchar sin él?

INFANTINA.—¡Oh, eso de ninguna manera!

ESTUDIANTE.—(*Acercándose*). Entonces...

INFANTINA.—No, perdón... ¡No sé lo que digo!

ESTUDIANTE.—¡Un beso!

INFANTINA.—Por favor, ten compasión de mí. Estoy enferma...

ESTUDIANTE.—(*Tomándole las manos*). Es verdad... tenéis las manos heladas... Venid, sentaos.

INFANTINA.—(*Inerte*). Gracias.

ESTUDIANTE.—Estáis temblando. Así. Así. (*La abriga*).

INFANTINA.—Gracias...

ESTUDIANTE.—El brazo, aquí (*Le pone un almohadón*). Pobre niña... (*La besa largamente*).

INFANTINA.—Gracias... (*El Estudiante la contempla un momento. Se oye en el jardín el alerta de los centinelas. Sobresalto*). ¿Te vas ya?

ESTUDIANTE.—Ya.

INFANTINA.—¿Ahora?

ESTUDIANTE.—Vienen.

INFANTINA.—Es que... ¿No viste si perdí también un collar?

ESTUDIANTE.—Volveré con él.

INFANTINA.—Señor capitán... (*Le tiende los brazos*)

ESTUDIANTE.—(*Con maliciosa ternura*). ¡No tengo tiempo...! (*Se descuelga al jardín y desaparece*).

INFANTINA.—Esos centinelas... (*Sale a la terraza*). Ya atraviesa el jardín... Ya salta... (*Despide con el pañuelo*). Ya se fue. (*Vuelve lentamente a escena mientras se repite el alerta lejos*).

ESCENA OCTAVA

Infantina, Diablo y Dueña. Cascabel, dormido.

DIABLO.—(*Entrando seguido de la Dueña*). Perdonad, señora, que os haya dejado un momento.

INFANTINA.—Dios mío...

DIABLO.—Salí a pedir os un vaso de agua. Parece que no os encontrabais bien.

DUEÑA.—Podéis beber sin cuidado. Agua de lluvia.

INFANTINA.—Señor preceptor... ¡Oh, qué terrible!

DIABLO.—¿Os ocurre algo?

INFANTINA.—Señor preceptor... ¡Estoy en pecado mortal!

DIABLO.—¿Ya? Enhorabuena, hija mía. Un pecado mortal lucirá en vuestra juventud como una joya.

INFANTINA.—No os burléis de mí... no fui yo.

DIABLO.—¿Entonces?

INFANTINA.—No sé. Necesito tranquilizar mi conciencia. Acompañadme al oratorio.

DIABLO.—(*Apurado*). Señora, yo...

INFANTINA.—No me abandonéis otra vez.

DIABLO.—Abandonaros, de ningún modo. Pero yo, al oratorio...

INFANTINA.—Os lo ruego, acompañadme. La oración me calmará.

DIABLO.—Siendo así. (*Le da el brazo*). Vamos.

INFANTINA.—¡No fui yo; os juro que no fui yo! (*Salen*).

ESCENA NOVENA

Dueña y Cascabel.

DUEÑA.—(*Viéndoles ir*). El agua...

CASCABEL.—(*Levantándose resplandeciente de picardías*). Aquí; el agua, aquí. (*Bebe*).
¡Soberbio!

DUEÑA.—¿Dormías?

CASCABEL.—¡Sí señora, dormía! ¡Y he visto, durmiendo, cosas tan sugestivas! ¡Mañana escribiré mi sueño y lo pondré en los trastes del romance! ¡Qué linda farandola! ¡Cú-cú! ¡Cú-cú!

DUEÑA.—¿Qué dices, Cascabel?

CASCABEL.—¡El agua! (*Tira la corona y hace una pirueta*). ¡Se me ha subido a la cabeza, el agua! (*Cantarín, escandiendo el verso*)

¡Mi señora la Dueña:
deja sargas y estopa;
peina el oro y la seda
para un traje de novia!
¡A la boda, a la boda!
La Infantina tiene frío;
quince años durmiendo sola!
¡El capitán robó un beso,
la primer joya que roba!
Y el Diablo, en el campanario,
está repicando a gloria!
¡A la boda, a la boda!

DUEÑA.—(*Santiguándose*). ¡Jesús!

CASCABEL.—¡A la boda, a la boda!

¡Dueña, que llegamos tarde;
ensíllame la escoba!

ESCENA DÉCIMA

Dichos y señor Rey, entrando.

REY.—¿El señor Mefistófeles?

CASCABEL.—(*Transición*). Chist... silencio.

REY.—(*Sorprendido, en voz baja*). ¿El señor Mefistófeles...?

CASCABEL.—Chist... (*Grave*). El señor Mefistófeles... está rezando.

TELÓN

JORNADA TERCERA

En la hostería de El Gallo Blanco. Planta baja con sólido portón al camino y ventana al campo. Chimenea de campana. A un lado una escalera con puerta que conduce a las habitaciones altas. El mobiliario, de tono oscuro y patinado, sugiere la idea de un antiguo convento habilitado para mesón. Un arcón, dos sillones fraileros y varios taburetes. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

Hostelero, Clotaldo y Valdovinos. Luego Farfán

Ha terminado la cena. Los bandidos suben por la escalera lateral y desaparecen. El hostelero levanta los manteles salmodiando entre dientes un "Gaudeamus" estudiantil. Clotaldo y Valdovinos, sentados al amor de la lumbre, leen sendos libros.

HOSTELERO.—"Gaudeamus igitur, iuvenes dum sumus". (Suena, un aldabonazo). ¡Jesús!, mal genio trae el que llama.

VALDOVINOS.—Será el capitán.

HOSTELERO.—No creo; es llamada de profeta menor, a juzgar por la violencia. (Nueva llamada), ¡Va! (Abre).

FARFÁN.—(Entra resoplándose los dedos y maldiciendo) ¡Rayos de Dios! ¿Dónde estabas metido?

HOSTELERO.—Señor: salí en seguida.

FARFÁN.—¡Je! Buenas noches.

VALDOVINOS.—(Volviendo a su lectura). Buenas.

FARFÁN.—¡Cierra ya, condenado! Hace un frío de mil demonios.

HOSTELERO.—Y llueve a lo que parece. Traéis la manta empapada.

FARFÁN.—Nada, es de las matas. Peor traigo el alma.

HOSTELERO.—Vamos, señor Farfán, reportaos. Nunca hay bastante motivo para jurar.

FARFÁN.—Perdón, señor sacristán.

HOSTELERO.—¡Oh!, por Dios...

FARFÁN.—¡Por el rabo de Belcebú!

HOSTELERO.—Bien, por el rabo; no os enfadéis.

FARFÁN.—¿Hay algo de comer?

HOSTELERO.—Algo hay: quedan restos de un magnífico pemil al asador; bocado de cardenal.

FARFÁN.—¡Comida vaticana!

HOSTELERO.—Podéis acompañarlo con buen queso de cabras y un vinillo torcaz, pobre, pero honrado.

FARFÁN.—Sea. (A Valdovinos). ¡No llegó el capitán!

VALDOVINOS.—No llegó.

FARFÁN.—Estará haciendo versos o soñando con la luna. ¿Y los compañeros?

VALDOVINOS.—Arriba; están borrachos.

FARFÁN.—¡Burgueses! Y luego quieren tener prestigio. Estamos podridos. (Al hostelero, que le sirve). ¿Me oyes?

HOSTELERO.—Perdón. ¿Decíais?

FARFÁN.—Digo que estamos podridos

HOSTELERO.—¡Ah, sí!: completamente podridos... Pernil asado.

FARFÁN.—Hay que definirse de una vez: o somos bandoleros o intelectuales.

HOSTELERO.—Claro, claro... El queso.

FARFÁN.—Y si somos bandidos conscientes, ¿qué esperamos? Hay que volver por los fueros gremiales.

HOSTELERO.—Desde luego: hay que volver... El vino.

FARFÁN.—Formar una maestría, corregir el Código y arreglar cuanto antes esa desdichada economía política. He ahí el programa.

HOSTELERO.—Soberbio. Y el pernil, ¿qué tal?

FARFÁN.—Frío y duro. Yo, amigo mío, tengo mis opiniones sobre la economía política. Por ejemplo: el sistema monetario actual es un absurdo. Tenemos que hacernos monometalistas.

HOSTELERO.—¿Monometalistas?

FARFÁN.—Monometalistas oro, sin remedio: es vergonzosa la cantidad de calderilla que estamos cosechando.

HOSTELERO.—Verdad, verdad. ¿Y el vinillo?

FARFÁN.—Sabe a corambre como un demonio. (*Restalla la lengua y se limpia con la mano*). Me parece, querido, que nos estás robando.

HOSTELERO.—¡Por Dios, qué bromista!

FARFÁN.—No, si me parece bien; que un hostelero robe en pequeño es natural. ¡Pero nosotros! Hay cosas que un bandido serio no puede ver sin ruborizarse. ¿Sabes lo que han hecho ayer dos de mis camaradas?

HOSTELERO.—¿Qué?

FARFÁN.—¡Robar una gallina! Burgueses...

HOSTELERO.—Vamos, señor Farfán: no estáis de muy buen humor esta noche.

FARFÁN.—¿Y cómo voy a estarlo? Un bandolero no debe ponerse a la altura de una raposa. Por supuesto, aquí todos son igual. Mira éstos. ¿Es esto una escuela parroquial?

HOSTELERO.—¿Qué van a hacer los pobres?

FARFÁN.—Que jueguen al rentoy, qué diablo. Y si al menos leyeran algo útil. Pero qué, si tienen gustos de doncella. Verás. Oye, tú, Clotaldo: ¿qué estás leyendo?

CLOTALDO.—La Gramática de Nebrija, novela española.

FARFÁN.—¿Lo ves? ¿Y tú, Valdovinos?

VALDOVINOS.—Nada el Derecho penal. (*Deja el libro sobre la chimenea y va a reunirse con ellos*). Estaba repasando el capítulo de la horca; una gaita. (*Bebe. El Hostelero recoce los restos de la cena y limpia*). ¿Estuviste hoy en la ciudad?

FARFÁN.—De allá vengo.

VALDOVINOS.—¿Y qué? ¿Hay algo de nuevo? ¿Se habla de nosotros?

FARFÁN.—¡Ca! Ahora la gente tiene otras cosas de qué ocuparse. ¿No sabes la última noticia?

VALDOVINOS.—Nada.

FARFÁN.—Es algo curioso: el pueblo y la corte tienen el corazón metido en un puño. Dicen que por nuestro reino anda suelto el Diablo.

HOSTELERO.—Por los cuatro evangelistas, ¿el Diablo decís?

FARFÁN.—El Diablo en persona. Y le achacan toda clase de calamidades: el hambre, la proximidad de una guerra, el embrujamiento de la Infantina; qué sé yo.

HOSTELERO.—¡Dulce Jesús mío! (*Se santigua*).

VAT,DOVTNOS.—Oye: es interesante. ¿Pero hay algo de cierto en eso?

FARFÁN.—Habrà. Por mi parte no creo en el Diablo. Que la Infantina esté embrujada, no me extraña; está soltera. El hambre... es una etapa de la producción. Y en cuanto a la probable guerra, el rey vindo es demasiado viejo para que le respeten sus vecinos.

VALDOVINOS.—Para nosotros una oportunidad preciosa. A río revuelto...

FARFÁN.—Sí. sí; con el nuevo capitán no pasaremos de robar gallinas.

VALDOVINOS.—Y el señor Rey, ¿qué dice a todo eso? ¿Hay preparativos?

FARFÁN.—No faltaba más. El señor Rey ha visto la cosa seria y se está buscando una retirada honrosa. ¿Qué dirás que se le ha ocurrido?

VALDOVINOS.—¿Qué?

FARFÁN.—Nuestro amadísimo Rey ofrece la corona y la mano de su hija ¡al que mate al Diablo! Hoy lo han pregonado los heraldos a toque de trompeta. ¿Qué te parece?

VALDOVINOS.—Matar al Diablo... pardiez, no debe de ser nada fácil.

FARFÁN.—Ahí tienes una brava empresa, querido. Tú, que crees en esas zarandajas, puedes hacerlo.

VALDOVINOS.—¿Yo?

FARFÁN.—Muy sencillo: sales a una encrucijada, lo invocas ritualmente y cuando asome le sueltas un trabucazo. Negocio redondo. Aquí tienes la fórmula. (*Haciendo lo que dice*). Se traza un círculo en el suelo, se entra en él con el pie izquierdo y se dice de corazón : "Satán, Satán, señor de la Vida y de la Tierra... ¡Satán!" (*Suena un aldabonazo enérgico*). ¡Sapristi!

HOSTELERO.—¡Vaaa!... (*Se le anuda la voz*). Señor Farfán: ahí lo tenéis.

FARFÁN.—Abre. (*Valdovinos empuña el trabuco*).

HOSTELERO.—¿Yo! ¡Un cuerno! (*Rezando nervioso y pueril*). Cuatro patitas tiene mi cama, cuatro angelitos me la acompañan...

FARFÁN.—Adelante. (*Abre y aparece el Estudiante*). A la orden, mi capitán.

ESCENA SEGUNDA

Los mismos y el Estudiante.

ESTUDIANTE.—Salud, muchachos.

CLOTALDO.—A la orden.

VALDOVTNOS.—A la orden.

ESTUDIANTE.—¿Hay alguna novedad?

CLOTALDO.—Ninguna.

ESTUDIANTE.—¿Los otros?

VALDOVINOS.—Están arriba.

ESTUDIANTE.—Perfectamente. Podéis vosotros retiraros también.

CLOTALDO.—Perdón, capitán: estamos de guardia.

ESTUDIANTE.—No hace falta; me quedo yo. Largo.

LOS TRES.—A la orden. (*Salen*).

HOSTELERO.—¿Queréis cenar algo?

ESTUDIANTE.—Gracias; quiero estar solo.

HOSTELERO.—Buenas noches. (*Sale el Hostelero. El Estudiante se despoja de capa y armas hablando entre dientes*).

ESCENA TERCERA

El Estudiante y el Diablo.

DIABLO.—(*Entrando por la chimenea*). ¡A la paz de Dios, señor capitán!

ESTUDIANTE.—¡Eh, tú! Dichosos los ojos. ¿Por dónde entraste?

DIABLO.—Por la chimenea.

ESTUDIANTE.—Hombre, bien; me parece que podías hacerlo más cómodamente por la puerta.

DIABLO.—Sin duda. Pero ¿qué quieres? Es una pequeña vanidad de Diablo.

ESTUDIANTE.—Bien creí que no volvía a verte más.

DIABLO.—Hijo mío, el cargo de pedagogo áulico exige muchas atenciones. Además hay, en el fondo, un poco de egoísmo por mi parte: en palacio se vive bien.

ESTUDIANTE.—Lo creo.

DIABLO.—¡Si vieras qué atentos todos! Me tratan como de la familia.

ESTUDIANTE.—Pero ¿qué es de ella, di? ¿Cómo está? ¿Qué dice?

DIABLO.—¿Quién?

ESTUDIANTE.—¡La Infantina!

DIABLO.—¡Ah, muy bien! Ya domina la tercera declinación y el "Bárbara Celarent...".

ESTUDIANTE.—Vete al infierno.

DIABLO.—Ya iré, no bay prisa. Por ahora estoy muy a gusto en la Tierra. (*Se sienta a la lumbre*). ¡Ay, amigo mío! Estos días que he pasado en palacio me han devuelto el humor y la juventud. Bullir, trafagar, enredar madejas, complicar lo estúpidamente sencillo: he ahí mis placeres. Y todo esto se hace a las mil maravillas en palacio. (*El Estudiante pasea amoscado*). Decididamente no hay nada como la corte para mi vida de Diablo. La monarquía y yo tenemos la misma estética; somos barrocos.

ESTUDIANTE.—Espero que no habrás venido a contarme chascarrillos.

DIABLO.—No creas; hasta que no vi en el dintel la muestra de "El Gallo Blanco" pensé que me había extraviado. Esto tiene por fuera el aspecto de un convento con su campanario y todo.

ESTUDIANTE.—Lo que ha sido. Hace algunos años se disolvió la comunidad y uno de los antiguos hermanos se quedó con esto y lo transformó en mesón. Es el hostelero actual.

DIABLO.—Y ese hostelero ¿no tendrá en la bodega algo decente que se te ocurra ofrecerme?

ESTUDIANTE.—(*Llamando*). ¡Hola, señor huésped!

HOSTELERO.—(*Dentro*). ¡Va!

ESTUDIANTE.—Una jarra del mejor. ¡Volando! (*Al Diablo*). ¿No habrá inconveniente en que te vean aquí?

DIABLO.—Ninguno; en este reino no me conoce nadie.

ESTUDIANTE.—Sin embargo, estos días estás de actualidad, y te advierto que tienes una pinta inconfundible.

DIABLO.—No lo creas. Tú me conociste en seguida; pero es porque eres español; en tu tierra soy casi una asignatura.

ESCENA CUARTA

Dichos y Hostelero.

HOSTELERO.—(*Entrando*). Añejo y sin mancha, señor; vino de amigos.

ESTUDIANTE.—(*Presentando*). El más ladrón y el más seráfico de los hosteleros. Este hombre, aquí donde lo ves, es una paradoja viva: ha sido fraile antes que cocinero.

DIABLO.—(*Levantándose respetuosamente*). ¿Este señor ha sido fraile? Tanto gusto.

HOSTELERO.—Gracias, señor. (*Le mira con inquietud y sale santiguándose disimuladamente*).

DIABLO.—(*Ríe*). Menos mal; todavía hay alguien que me recuerda. (*Levantando su copa*). Por el nuevo capitán de bandoleros.

ESTUDIANTE.—No; brindemos por el antiguo. Era un apóstol. (*Beben*). A estas horas es ya todo un hombre honrado.

DIABLO.—El pobre no ha tenido mucha suerte.

ESTUDIANTE.—La verdad es que le jugamos una mala pasada. Nunca creí que me fuera tan fácil usurpar su puesto; los muchachos le admiraban sinceramente, pero el oro de tu bolsa hace milagros.

DIABLO.—A cualquier cosa llamas tú milagro. Siempre es agradable cambiar de amo; da una sensación de libertad... (*Sirve de nuevo el Estudiante y beben*).

ESTUDIANTE.—Bien; y ahora, ¿quieres decirme ya qué pasa en palacio?

DIABLO.—Ahora, sí. En palacio, señor Estudiante, hay un pánico grande. Realmente la situación es penosa: hay peste, hay hambre y el Rey Bertoldo se dispone a formalizar una declaración de guerra. El pueblo me achaca todos esos males. Es decir... al Diablo; yo estoy allí de incógnito.

ESTUDIANTE.—Bien; pero tú...

DIABLO.—Ya comprenderás que yo no he hecho nada de eso; pero aprovecho la ocasión, ya que se presenta favorable. Por lo pronto ya he conseguido con mis industrias hacer llegar al pueblo la esperanza de un rey joven, batallador y enamorado. En cuanto a mi señora la Infantina.

ESTUDIANTE.—¿Qué, di?

DIABLO.—En cuanto a mi señora la Infantina, parece que está decidida a casarse.

ESTUDIANTE.—¿A casarse?... ¿Con quién?

DIABLO.—¡Ah!, no sé. Probablemente contigo.

ESTUDIANTE.—(*Grave*). Hablemos en serio, amigo Diablo.

DIABLO.—En serio. ¿No has oído el bando que hoy ha hecho publicar el señor Rey?

ESTUDIANTE.—Sí, lo he oído pregonar a los heraldos.

DIABLO.—¿Entonces? En él ofrece la corona y la mano de su hija al que mate al Diablo.

ESTUDIANTE.—Supongo que ese bando se lo habrás inspirado tú.

DIABLO.—Te equivocas. Ese bando lo ha dictado la Infantina misma.

ESTUDIANTE.—¡Ella!

DIABLO.—Ella. Y pensando en ti. La Infantina padece ataques de literatura; el último le ha sugerido la extraña idea de sacrificarse por la salvación de su reino. Y como la perdición del reino —el hambre, la peste y la guerra— dicen que soy yo, la Infantina ofrece su mano al que me mate. La cosa es clara. (*Pauta*). Oye: ¿tú serías capaz de matarme?

ESTUDIANTE.—No juguemos.

DIABLO.—Si eso te diera el reino, si eso te diera la mano de la Infantina, ¿serías capaz de matarme?

ESTUDIANTE.—Déjame.

DIABLO.—Si ella te lo pidiera, ¿serías capaz...?

ESTUDIANTE.—(*Resuelto*). ¡Si ella me lo pidiera, sí!

DIABLO.—¿De verdad?

ESTUDIANTE.—¡Te lo juro por la salvación de mi alma!

DIABLO.—Basta; te creo. Y como ella es muy probable que te lo pida... (*Sacando su puñal*). En fin, por si el caso llegara quiero regalarte esta joya. La Infantina cree que es el único puñal que puede matarme: el mío. (*Con orgullo*). ¡Una obra de arte, señor Bachiller! Lo hice yo mismo, y te juro que no hubiera puesto más esmero en tentar a una novicia. (*Mostrándolo a la luz*).

ESTUDIANTE.—Linda joya.

DIABLO.—Tómalo. La Infantina, el señor Bey y el Pedagogo tienen de él una descripción exacta.

ESTUDIANTE.—(*Dejándolo sobre la mesa*). Señor Diablo, tengamos la fiesta en paz. ¿Quieres decirme qué significa este cuento del puñal?

DIABLO.—¿Recuerdas que una tarde sacaste tu espada contra mí?

ESTUDIANTE.—Fue un momento de arrebato. Pero bien comprendo que a ti no se te mata con el hierro.

DIABLO.—Desde luego; no esperaba menos de ti. Al Diablo no se le mata ni con éste ni con ningún puñal. Al Diablo se le ahoga, se le ahoga dentro. ¿Comprendes?

ESTUDIANTE.—A medias.

DIABLO.—No importa; si eres fuerte mañana me habrás comprendido del todo. Guarda, guarda ese puñal.

ESTUDIANTE.—¿Para qué, si no me ha de servir para matarte?

DIABLO.—Pero te servirá para saber que me has matado, porque ese día se teñirá de sangre.

ESTUDIANTE.—Ah, ¿es un símbolo?

DIABLO.—Un símbolo necesario; los hombres no sabéis vivir sin la plástica; no comprendéis de verdad más que lo que entra por los ojos. Y como de algún modo hemos de entendernos... (*Se descalza un guante para servir. Bebe*). ¿Qué miras?

ESTUDIANTE.—Es curioso. ¿Una amatista?

DIABLO.—La amatista donde guardo mis filtros mágicos.

ESTUDIANTE.—También es una línea joya.

DIABLO.—Otro símbolo. Yo podría embrujar con la sola voluntad; sin embargo, entre los hombres lo hago siempre con narcóticos y bebedizos que llevo en mis sortijas como un envenenador. ¿No bebes?

ESTUDIANTE.—No.

DIABLO.—Te noto preocupado.

ESTUDIANTE.—No sé por qué me imagino que esa sortija la has empleado ya en palacio.

DIABLO.—¿Por qué lo sospechas?

ESTUDIANTE.—Dicen que la Infantina está embrujada. ¿Fuiste tú?

DIABLO.—¿Yo? Dios me libre; fuiste tú mismo. (*Rie*). Ya os advertí que el primer beso es mortal.

ESTUDIANTE.—¡Aquel beso! ¡Cómo me quema en el recuerdo! Porque no lo conseguí yo, no lo gané yo. Lo debo a tus malas artes. (*Esconde la cabeza entre los brazos*).

DIABLO.—¿Y qué importa cómo lo has conseguido, si lo tienes?

ESTUDIANTE.—Lo tengo, sí; pero no lo gané.

DIABLO.—No pensabas así el primer día.

ESTUDIANTE.—Entonces no la quería aún.

DIABLO.—Muchacho, te veo en el mal camino. Tu orgullo de hombre se despierta. De todos modos te he prometido hacer un bien y no pararé hasta conseguirlo. Óyeme un último consejo: la aventura y la gloria te esperan; si una mujer se te atraviesa en el camino no pierdas el tiempo: tómala y adelante.

ESTUDIANTE.—¿Qué quieres decir?

DIABLO.—Acuérdate: cuando la Infantina era niña venía al monte, con una caperucita roja, muerta de miedo y de esperanza. Y tenía que volverse a palacio, triste y sola, porque no había lobos. ¿Me entiendes?

ESTUDIANTE.—No sé...

DIABLO.—Cuando la encontraste por primera vez vonía a dejarse raptar por un capitán de bandoleros... ¡Y tú aquella tarde no te atreviste a serlo!

ESTUDIANTE.—Calla, déjame...

DIABLO.—Pudiera ser que algún día volvieras a encontrarla en el monte y a solas... Quizá esta misma noche...

ESTUDIANTE.—No, déjame...

DIABLO.—(*Con voz de culebra*). ¡Si comes de esa fruta serás tanto como Dios!

ESTUDIANTE.—(*Violento, levantándose*). ¡Calla!

DIABLO.—Cobarde... (*Suena una aldabada*).

ESTUDIANTE.—¿Quién va?

INFANTINA.—(*Dentro*). ¡Dos caminantes, señor capitán!

ESTUDIANTE.—¡Esa voz!... ¿Has oído?

DIABLO.—Abre. (*Mientras el Estudiante va a recorrer la barra*). Ahora. (*Vacía el contenido de su sortija en la copa fiel Estudiante y vuelca la otra*). ¡Tú comerás del Árbol de la Vida! (*Sale por la chimenea*).

ESCENA QUINTA

Estudiante, Infantina y Cascabel.

La Infantina trae a la cabeza una caperuza roja y aparece en la puerta cogida medrosamente al bufón.

CASCABEL.—En efecto, señora; esta es la hostería de "El Gallo Blanco"... ¡kikirikí!

ESTUDIANTE.—¡Vos, señora! (*Vuelve ansioso la cabeza, y al ver que no está el Diablo respira*).
¡Pasad!

INFANTINA.—Señor capitán... Tenéis que perdonarme. He venido confiada en vuestra hidalguía de bandido y de español.

ESTUDIANTE.—En nombre del bandidaje y de España, gracias, señora. Pero entrad: hace un frío espantoso. (*Va a cerrar*).

CASCABEL.—Un momento; llueve bastante y los caballos están ahí fuera.

ESTUDIANTE.—Ah, sí, los caballos... Que pasen.

CASCABEL.—No tanto. ¿Habría alguna cuadra disponible?

ESTUDIANTE.—Sí, es verdad; ahí debajo del corredor.

CASCABEL.—(*Malicioso*). Podéis cerrar; a lo mejor tardo. (*Aparte*). Adivinanza, adivina: ¿qué pretende la Infantina? (*Al salir*). Me sigue oliendo a chamusquina.

ESCENA SEXTA

Infantina y Estudiante.

ESTUDIANTE.—Perdonadme... la sorpresa. Traéis la ropa mojada.

INFANTINA.—Apenas; secará en seguida. Tenéis aquí un fuego delicioso.

ESTUDIANTE.—¿Verdad? (*Sentándose al fuego con ella*). Ahora sobre todo.

INFANTINA.—¿Qué pensaréis de mí?

ESTUDIANTE.—Oh, por Dios...

INFANTINA.—Ha sido una audacia que nadie sospecha en palacio. He salido como empujada, sin pensar bien lo que hacía, y más de una vez creí morir de miedo en el camino.

ESTUDIANTE.—Realmente la noche está imposible.

INFANTINA.—La luna les pone ojos y brazos a los árboles y los árboles al camino. Afortunadamente Cascabel tiene un excelente humor y ha venido contando cuentos de miedo para tranquilizarme.

ESTUDIANTE.—Es una idea.

INFANTINA.—Famosa. Hay que desenmascarar al miedo, me decía. Y al fin consiguió hacerme reír con sus disparates. Pero no, no quiero que me toméis por una cabeza loca. Nunca pensé que pudiera atreverme a dar este paso, y, sin embargo..., ya lo veis; hasta me he vestido como cuando era niña y buscaba en el monte emociones de cuento.

ESTUDIANTE.—La ocurrencia ha sido feliz; estáis sencillamente encantadora.

INFANTINA.—Fue el sayal de los suplicantes lo que debí ponerme. Poraue yo, señor capitán, vengo a suplicaros con toda el alma por la .salvación de mi pueblo.

ESTUDIANTE.—Y yo seré dichoso en serviros.

INFANTINA.—¿Conocéis el pregón que hoy ha hecho publicar mi padre?

ESTUDIANTE.—Lo conozco.

INFANTINA.—El Diablo ha desencadenado sobre nosotros todas las deserradas. ¡Hay que salvar al reino!

ESTUDIANTE.—¿Y pensáis que todo desaparecerá matando al Diablo?

INFANTINA.—Sí. lo creo. Lo dice todo el mundo.

ESTUDIANTE.—Y el premio, vuestra mano, ¿lo ofrece el señor Rey o vos?

INFANTINA.—Yo no tengo más voluntad que la de mi padre.

ESTUDIANTE.—Lealmente, señora Infantina. Pensad que se decidiera a intentar la empresa un hombre enamorado.

INFANTINA.—Pues bien, capitán, lealmente: el premio lo ofrezco yo; y os lo ofrezco a vos, porque nadie más que vos puede matar al Diablo.

ESTUDIANTE.—Gracias, señora. (*Le besa las manos*). ¿Pero por qué nadie más que yo?

INFANTINA.—Mi preceptor lo ha dicho. ¿No tienes tú un puñal?...

ESTUDIANTE.—(*Mostrándolo*). ¿Este?

INFANTINA.—¡Oh, sí!: la hoja de plata y en el pomo una cruz de rubíes. ¡Este es! ¿Tendrás valor?

ESTUDIANTE.—Señora, cuando se camina hacia vos el Diablo es un obstáculo pequeño.

INFANTINA.—Por mi amor, capitán. ¡Mátalo!

ESTUDIANTE.—Por vuestro amor, Infantina, ¡el Diablo morirá! (*Levantando su copa*). ¡Que Dios le perdone! (*Bebe*). Y ahora debéis retiraros antes que llegue el alba y os descubran. Yo os acompañaré. (*Con un desfallecimiento repentino deja la copa sobre la mesa y se pasa una mano por la frente*).

INFANTINA.—¿Qué es eso? ¿Qué te pasa?

ESTUDIANTE.—No sé... nada; hace frío...

INFANTINA.—Por Dios, ¿qué tienes?

ESTUDIANTE.—Nada...

INFANTINA.—No me asustes. (*Le pone una mano en la frente*). Te arden las sienas.

ESTUDIANTE.—Hace frío... (*La coge de los brazos violentamente*). ¡Y tú eres divinamente hermosa, querida mía!

INFANTINA.—Me das miedo... (*Retrocede*). Tienes algo extraño en los ojos... ¡Suelta!

ESTUDIANTE.—Niña, niña... ¡Por fin vas a encontrar al lobo!

INFANTINA.—Por Dios, suelta... (*Llamando*). ¡Cascabel!!

ESTUDIANTE.—No llames; ¡la noche se asomará a las ventanas y se reirá de ti!

INFANTINA.—¡Déjame!... ¡Cascabel!

ESTUDIANTE.—Robé el primero. Robaré los otros. Te robaré entera.

INFANTINA.—(*Con voz débil*). ¡Cascabel! (*Va a caer. El la sostiene y la mira ávidamente*).

ESTUDIANTE.—Así, dormida, dormida de miedo. (*La deja en un asiento*). Ni la luna lo sabrá. ¡Tendré tus cabellos de lluvia y tus ojos de agua salada, querida mía! (*La mira largamente, y en un esfuerzo súbito reacciona un momento*). ¡No.. no! (*Contemplando la copa*). ¡Ah, el canalla!

(Vuelve a su lado y ríe torpemente). ¡Y qué bien trabaja el condenado! ¡Gracias, señor Diablo! *(Le coge las manos)*. Duerme, niña mía. ¡Ni la luua lo sabrá! *(De pronto, a gritos)*. ¡No, no! *(Abre el portón)*. ¡Cascabel! ¡Corre Cascabel! *(Coge la copa y la tira con rabia)*.

CASCABEL.—*(Entrando)*. ¡Señor capitán!... ¡Mi señora!...

ESTUDIANTE.—No preguntes nada. Coge mi caballo, el negro; es ligero como el viento. Vete, y avisa al señor Rey... No, espera; no vayas aún. Toma: átame las manos.

CASCABEL.—¿Bromeáis, señor capitán?

ESTUDIANTE.—No preguntes nada. Átame las manos; bien fuerte. Más. ¡Así! *(Cascabel lo hace)*. Y ahora corre; coge el caballo negro, y avisa en palacio que estoy preso, que la Infantina está en peligro. ¡Corre, Cascabel! ¡Ven antes que el alba! *(Sale Cascabel)* ¡El caballo negro! ¡Reviéntalo, Cascabel! *(Forcejeando como si luchara con alguien invisible)*. ¡No! ¡Déjame! ¡Reniégote, Satanás! ¡Reniégote! ¡Reniégote!

Se apagan todas las luces y la oscuridad absoluta se prolonga unos momentos. Luego dos focos, rojo y blanco, alumbran el rostro en lucha del Estudiante y el sueño de la Infantina. Fuera silba el viento. Ha pasado toda la noche. Lentamente se insinúa la luz del amanecer. Una flauta pastoral toca, lejos, las primeras notas de "La mañana", de Grieg. De pronto rasga el aire un alegrón de campanas al vuelo.

AMANECER

INFANTINA.—(*Sobresaltada*). ¡Cascabel!

ESTUDIANTE.—Señora...

INFANTINA.—¿Tú? ¿Pero qué es esto? ¿Qué significan esas campanas?

ESTUDIANTE.—(*Radiante*). No sé. Parece un repique de gloria.

INFANTINA.—¿Y esa luz?

ESTUDIANTE.—Está amaneciendo. (*Callan las campanas*).

INFANTINA.—¡Amaneciendo! (*Recuerda*). La hora de la verdad... ¿Por qué me mirabas anoche de aquel modo?

ESTUDIANTE.—¡No era yo!

INFANTINA.—(*De rodillas ante él*). ¡Dime que soñé anoche! ¡Dime que todo fue mentira!

ESTUDIANTE.—¡Soñaste, sí! ¡Fue mentira todo!

INFANTINA.—¡Repítelo, repítelo!

ESTUDIANTE.—No te dé miedo la luz de la mañana. ¡Que lo barra todo, que lo lave todo! (*Se oye un galope de caballos*). Ya llegan.

INFANTINA.—¿Quiénes?

ESTUDIANTE.—Corre, ábreles la puerta.

INFANTINA.—(*Corriendo a la ventana*). ¡Es el señor Rey! ¡Sálvate! Vienen soldados con él. (*Corre el cerrojo y vuelve a su lado*). ¡Huye!

ESTUDIANTE.—No.

INFANTINA.—¡Pero tienes las manos atadas! ¿Estás herido? ¿Qué ha pasado aquí?

ESTUDIANTE.—Nada. Ábreles.

INFANTINA.—No, no entrarán hasta que estés lejos. (*Se pone a desatarle*). ¡Huye, por Dios!

ESTUDIANTE.—Es la hora de la verdad, tú lo dijiste.

INFANTINA.—No necesito saber nada. ¡Te quiero! ¡Sálvate!

ESTUDIANTE.—Debo quedar.

INFANTINA.—¡Te quiero! ¡Te quiero! (*Golpean la puerta de la escalera. Con un grito*). ¡Sálvate!

ESTUDIANTE.—(*Con las manos ya libres*). Son mis hombres. Abre.

INFANTINA.—Por Dios..

ESTUDIANTE.—(*Imperativo*). ¡Abre!

Al mismo tiempo la Infantina abre el portón y el Estudiante la puerta de la escalera. Por ésta salen en tropel el hostelero y los bandidos. En aquél, y casi al mismo tiempo, aparecen el señor Rey, el Pedagogo y Cascabel; tras ellos se ven picas y lanzas de soldados.

FARFÁN.—¡Mi capitán!

CLOTALDO.—¡Son los soldados del rey!

HOSTELERO.—¡Mi posada!... ¡Estoy perdido!

ESTUDIANTE.—Quietos; no temáis nada.

REY.—(*Entrando*). ¿Es éste el mozo? Hola soldados; ¡prendedle!

INFANTINA.—(*Con un grito*). ¡No!

REY.—¡Señora Infantina!

ESTUDIANTE.—Os ruego que me escuchéis un momento, señor...

REY.—¿Acostumbras a hacer tus súplicas rodeado de trabucos?

ESTUDIANTE.—Estos hombres, señor, son vuestros servidores. ¡Fuera esas armas! (*Caen los trabucos con un golpe, de alabardas*).

REY.— (*Complacido*). Bueno, eso está bien. (*Al Pedagogo*). ¿No te parece? Ya te escucho.

ESTUDIANTE.—Perdonad, ante todo, que os hable sin poner la voz de rodillas. No voy a pedir os nada que no me debáis.

REY.—¡Hum!

ESTUDIANTE.—Yo, señor, he dado probablemente algunos pasos hacia la horca.

REY.—Sí, algunos. Pero no te apures; tu llegarás.

PEDAGOGO.—"Finís coronal opus".

REÍ.—(*Que no se ha enterado*). Ya lo oyes

ESTUDIANTE.—Sin embargo, no quiero llegar a tan altos destinos sin daros hidalgamente la ocasión de pagarme lo que me debéis.

REY.—Muy bien. ¿Y qué te debo?

ESTUDIANTE.—¡El reino!

REY.—¡Pardiez, poca cosa!

ESTUDIANTE.—No olvidéis que me lo habéis prometido.

REY.—De remate. ¡Hola, soldados!

ESTUDIANTE.—¡Quietos! ¡Aún hay mendigos que llevan perlas en el zurrón, señor el Rey! ¡Aún hay quien mata a los dragones por amor, señor el Rey!

REY.—¡Patatín, patatán! Como una chiva.

INFANTINA.—Calla, escúchale todavía.

ESTUDIANTE.—¿Recordáis el bando que hicisteis pregonar ayer?

REY.—Sí, muy bien; y en él ofrecía mi reino...

ESTUDIANTE.—¡A mí!

REY.—Lo ofrecía...

ESTUDIANTE.—¡A mí, a mí! ¡Yo he matado al Diablo! (*Murmullos*).

REY.—¡Tú!

INFANTINA.—¡Tú!

ESTUDIANTE.—¡Yo! Esta noche, y aquí mismo. Se enroscaba a mi carne como una serpiente; luchamos hasta el amanecer. ¡Pude yo más!

REY.—(*Desfallecido*). ¿Tú oyes esto, Pedagogo!

PEDAGOGO.—Calma, señor.

ESTUDIANTE.—¡Pude yo más! ¡Le desarmé!

PEDAGOGO.—Calma, calma.

ESTUDIANTE.—¡Le até las manos!

PEDAGOGO.—¿Tenéis alguna prueba de lo que decís?

INFANTINA.—¡Sí, la tiene! ¿Conocéis este puñal? (*Dejándolo caer horrorizada*). ¡Sangre!

ESTUDIANTE.—(*Fuera de sí*). ¡Pude yo más, pude yo más!

PEDAGOGO.—En efecto, señor; este es el propio puñal del Diablo. Y lleno de sangre. Hay que rendirse a la evidencia: "nihil est intellectus quod prius non fuerit in sensu". El Diablo ha muerto.

ESTUDIANTE.—Yo lo ahogué. (*Apretándose el pecho*). Lo ahogué aquí dentro. (*A la Infantina*). ¿Comprendes ahora?

INFANTINA.—Gracias, capitán. (*Le besa las manos, que él retiene. Suenan de nuevo las campanas*).

REY.—(*Con un respingo*). ¡Demonio! ¡Otra vez! ¿Quién toca esas campanas!

CASCABEL.— (*Corriendo escaleras arriba*).

¡A la boda, a la boda!

¡La campana madrina
se ha vuelto loca!

PEDAGOGO.—Es extraño; suenan aquí mismo.

HOSTELERO.—Son las nuestras, ya sonaron antes.

CLOTALDO.—¡Y arriba no hay nadie!

HOSTELERO.—¡Milagro, milagro! (*De rodillas*).

REY.—Acabaréis por volverme loco entre todos. (*Al Estudiante*). ¿Quieres explicarme qué significa esto, capitán?

ESTUDIANTE.—No lo entiendo, señor, (*A Cascabel que aparece en lo alto de la escalera*). ¿Qué es eso, Cascabel? ¿Quién está arriba?

CASCABEL.—¡Nadie! ¡Son las campanas de Dios que están repicando a gloria! (*Sale el sol*).

TELÓN FINAL